



Sirio

Había renombrado a su perro “Sirio” por la estrella binaria de Can Mayor, no sólo porque era la que mejor se divisaba desde la Tierra sino por su semejanza con ella, ambos eran muy blancos, resplandecían en la oscuridad y cuando había peligro de inundación él ladraba desafortadamente, tal pareciera que estuviera conectado de alguna manera con la salida heliaca de la estrella. Su madre le decía que a lo mejor era el espíritu de algún rey egipcio y esa idea lo fascinaba, a tal punto que todas las tardes después de terminar las tareas del colegio, se ponía ávidamente a leer cuanto libro y revista de historia antigua cayeran en sus manos. El telescopio, otra de sus

aficiones imprescindibles, lo dejaba para cuando sus padres se iban a dormir, era su altar científico, su ritual prohibido, a pesar de que le costara mucho despertarse en las mañanas y tuviera que correr a la cocina para desayunar con la familia, invariablemente expuesto a la burla de sus hermanos y con el uniforme hecho un desastre. Después salía presuroso hacia el autobús escolar que casi siempre tenía que esperarlo más de lo debido y allí se despedía de Sirio con el usual “nos vemos en la tarde... no te preocupes”.

En el aula era el típico niño distraído que se quedaba absorto con frecuencia. La luz que entraba por las ventanas, un pájaro en la lejanía, el movimiento de los árboles con el viento, a cada cosa le buscaba una explicación y todo era motivo para divagar y desconectarse del mundo circundante. Su maestra aprendió a lidiar con esa especie de levitación cotidiana que lo marginaba de los demás, creía que se trataba de un ser especial pero sabía cómo sacudirlo, normalmente convirtiéndolo en protagonista de la clase, algo que disgustaba mucho a varios de sus compañeros y en los recreos creaba disputas encarnizadas. Pero él era valiente, un niño que montaba a caballo, remaba en la bahía como lo hiciera un adulto, se encaramaba en los cocoteros con una agilidad impresionante y por si fuera poco tenía un perro al que temían, puños adiestrados y dientes feroces, por tanto siempre salía victorioso aunque le partieran la nariz.

En una de esas noches apacibles de agosto cuando jugaba a nombrar satélites y adivinar agujeros negros, le pareció advertir que Can Mayor había cambiado de posición. Su perro aullaba en el jardín, otras veces gruñía, andaba de un lado para otro como si advirtiera la presencia de algo raro, pero después de unos minutos se tranquilizó y entró a la casa dirigiéndose como de costumbre a su habitación. A partir de ahí el niño no tuvo descanso, todas las noches se dedicaba a escudriñar el espacio con ansiedad, medía una y otra vez la distancia entre las estrellas de Can Mayor hasta que pudo constatar que efectivamente, cambiaban de posición a pasos agigantados, y no sólo eso, Sirio se separaba de la constelación y se iba aproximando a la Tierra. Estaba tan nervioso por este hallazgo que ni siquiera tenía la osadía de comunicárselo a los demás, era como si hubiese sido un secreto a compartir exclusivamente con su perro y las estrellas, el que además presentía no podía revelar sin sufrir las consecuencias, entre otras cosas que sus padres lo tildaran de fantasioso o le confiscaran el telescopio por quebrantar el horario de irse a la cama.

Mientras esto ocurría Sirio empezó a mostrar signos de tristeza, ya no quería salir a jugar, apenas comía, gemía quedamente como si le doliera algo y a veces se negaba a levantarse. A los dos o tres días y viendo que empeoraba, los padres del niño decidieron llevarlo al veterinario. El diagnóstico fue avasallador para todos, se trataba de un cáncer fulminante en estado terminal. Sirio había entrado en la familia cuando el niño todavía no había nacido pero por esos misterios de las compatibilidades mágicas, en cuanto el bebé llegó a la casa después de salir del hospital su primera sonrisa fue para él, que alegre movía la cola y olía sus pañales. Se convirtieron en inseparables, a donde él iba también Sirio -que en esa época se llamaba Apolo-, era su ángel de la guarda, el fiel guardaespaldas que no permitía a los extraños acercarse... ¡y ahora se iría para siempre sin que nada ni nadie pudiera impedirlo! El niño se sentía devastado... ¿cómo era posible que eso estuviera sucediendo? Hacía sólo unas semanas que salía a jugar con los gatos y a perseguir palomas en el patio vecino con agilidad de cachorro... ¿qué estaba pasando, por qué se estaba muriendo? Sin embargo entendía perfectamente que lo mejor era dejarlo marchar para que no sufriera más. La decisión de sacrificarlo lo conmovía de una manera espantosa, pero si era imposible salvarlo al menos quería estar a su lado hasta el último momento, que cuando se lo llevara la muerte sintiera su abrazo, todo su inmenso cariño y el dolor que sentía por la separación inminente. El veterinario y sus padres trataron de convencerlo de que no era una buena idea, estaban totalmente negados a permitir que un niño de apenas diez años de edad estuviera presente en ese escenario sobrecogedor de la eutanasia, pero no hubo manera de que cediera, fue tanta su descompostura, tanta su rabia, que al final tuvieron que aceptarlo no obstante con una condición: tendría que estar con los ojos cerrados durante todo el proceso.

Abrazado a su entrañable compañero creyó sentir un suspiro largo y muy cálido en la mejilla. *Sin querer queriendo*, como decía su abuela cuando los dulces la tentaban y no podía resistirse a probarlos, abrió los párpados en el preciso instante en que Sirio dejaba este mundo. Una luz muy blanca se desprendía de sus pupilas y la consulta se estremeció como si hubiera sido alcanzada por rayos cargados de energía intensa y cegadora. Era el final, la última cruzada de un alma que se despedía agradeciendo.

Cuando regresaron a la casa nadie hablaba, no porque hubieran visto esas luces sorprendentes, sino porque el vacío que deja la muerte de un ser querido es extraño, difícil de llenar con las cosas comunes de la vida. El niño subió a su habitación y se fue directo al telescopio. Allá en el cielo, en la noche clara y silenciosa, la constelación de Can Mayor aparentemente regresaba a sus coordenadas, pero Sirio brillaba más que nunca, mucho más, sólo comparable a los ojos de un perro.

Carmen Karin Aldrey

Imagen: NASA Internet Library